

843

B.

PQ 2170

.55

SB



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LAS RIVALIDADES

LA SOLTERONA

Al señor

D. Eugenio Augusto Jorge, Luis Midy de la Greneray Surville

Ingeniero del Cuerpo Real de puentes y calzadas

En testimonio del afecto que le profesa su cuñado

DE BALZAC.

Muchas personas han debido encontrar en ciertas provincias de Francia hombres más ó menos caballeros de Valois. Existía uno en Normandía, había otro en Bourges, florecía un tercero en la villa de Alençon el año 1816, y acaso el Mediodía posea también el suyo. Pero el número de esta tribu de los Valois carece aquí de importancia. Todos estos caballeros, algunos de los cuales eran tan Valois como Luis XIV Borbón se conocían tan poco, que resultaba inútil hablar á los unos de los otros. Por otra parte, todos ellos dejaban que los Borbones ocupasen con toda tranquilidad el trono de Francia, toda vez que estaba demasiado confirmado que el advenimiento de Enrique IV fué debido á la ausencia de heredero varón en la primera rama de Orleáns, llamada de Valois. Si existe algún Valois, proviene de Carlos de Valois, duque de Angulema, hijo de Carlos IX y de María Touchet,

cuya descendencia masculina se extinguió, mientras no se pruebe lo contrario, en la persona del abate Rothelin, y los Valois-Saint-Remy, que proceden de Enrique II, se extinguieron asimismo en la famosa Lamothe Valois, complicada en el asunto del collar.

Si nuestros informes son exactos, todos estos caballeros fueron, como el de Alençon, hidalgos altos, secos y sin fortuna. El de Bourges había emigrado; el de Turena se había escondido; y el de Alençon había guerreado en la Vendea y había *chuaneado* un poco. Este último había pasado la mayor parte de su juventud en París, donde le sorprendió la Revolución á los treinta años en medio de sus conquistas. Aceptado como verdadero Valois por la aristocracia más distinguida de provincias, el caballero de Valois de Alençon se distinguía, como sus homónimos, por su exquisita educación y por sus finos modales. Este caballero comía todos los días fuera de casa, jugaba todas las noches y pasaba por hombre muy ocurrente, gracias á uno de sus defectos que consistía en contar una multitud de anécdotas acerca del reinado de Luis XV y de los principios de la Revolución. Estas historias no dejaban de resultar agradables cuando se oían por primera vez. Por otra parte, el caballero de Valois tenía la virtud de no repetir sus ocurrencias personales y de no hablar nunca de sus amores; pero sus gracias y sus sonrisas cometían graciosas indiscreciones. Este buen hombre utilizaba el privilegio que tienen los antiguos hidalgos volterianos de no ir á misa, y el mundo, en gracia á su abnegación por la causa real, se mostraba excesivamente indulgente con su falta de religión. Una de sus gracias más notadas era su manera de tomar tabaco de una tabaquera de oro adornada con el retrato de la princesa Goritza, encantadora húngara célebre por su belleza á fines del reinado de Luis XV. Liado durante su juventud con esta ilustre extranjera, el caballero hablaba siempre de ella con emoción, y decía que se había batido por ella contra el señor de Lauzun. El hidalgo, que contaba á la sazón cincuenta y ocho años, sólo confesaba cincuenta, y podía permitirse esta inocente mentira porque entre las muchas ventajas que tenía el ser delgado y rubio, él conservaba su talle juvenil que oculta lo mismo en los hombres que en las mujeres las apariencias de vejez. Sí, no lo olvidéis; toda la vida, ó toda la elegancia, que es la expresión de la vida, reside en el talle. Entre el número de las

señas particulares del caballero, es preciso recordar aquí la prodigiosa nariz de que le había dotado la naturaleza, nariz que dividía su cara pálida en dos secciones que parecían no conocerse y de las cuales sólo una enrojecía durante el trabajo de la digestión. Este hecho nos parece digno de ser advertido, sobre todo en una época en que tanto se ocupa la Fisiología del corazón humano. Esta rubicundez de que hacemos mención solía presentarse generalmente en el lado izquierdo. Aunque las piernas largas y delgadas, el cuerpo enclenque y el color lívido del señor de Valois pareciesen denotar escasa salud, lo cierto es que comía como un ogro y pretendía padecer una enfermedad con objeto de excusar sin duda su excesivo apetito. La circunstancia de su rubicundez apoyaba sus afirmaciones; pero en un país en que las comidas constan de treinta ó cuarenta platos y duran cuatro horas, el estómago del caballero parecía ser un beneficio concedido por la Providencia á aquella buena villa. Según algunos médicos, esa propensión á ponerse encarnado del lado izquierdo denota un corazón pródigo. La vida galante del caballero confirmaba estos asertos científicos, cuya responsabilidad no ha de pesar, afortunadamente, sobre el autor de esta obra. Sin embargo de estos síntomas, el señor de Valois estaba dotado de una organización nerviosa y, por consiguiente, vehemente. Si su hígado ardía siempre, su corazón no le iba en zaga, y si su rostro tenía algunas arrugas y sus cabellos comenzaban á blanquear, un observador profundo hubiera visto en él los estigmas del amor y las huellas del placer. Su pata de cabra característica y otras circunstancias revelaban en aquel caballero las costumbres del hombre mujeriego (*ladies'man*.) Era tan minucioso en sus abluciones, que daba gusto ver sus mejillas, las cuales parecían haber sido lavadas con agua maravillosa. La parte del cráneo que estaba desprovista de cabello brillaba como el marfil, y lo mismo sus cejas que su pelo parecían ser de un joven, por la regularidad que les imprimía el peine. Su cutis, blanco ya de suyo, parecía haber sido refinado con algún secreto, y sin llevar perfumes, el caballero exhalaba un olor de juventud que parecía refrescar el lugar por él ocupado. Sus manos de hidalgo, cuidadas como las de una doncella, llamaban la atención por sus uñas rosáceas y bien cortadas, y, en una palabra, que á no ser por su nariz magistral y superlativa, resultaría un hombre guapo. Para acabar de hacer

este retrato, es preciso consignar aquí una pequeñez. El caballero acostumbraba á llevar algodón en los oídos y conservaba aún dos pendientes de diamantes representando sendas cabezas de negro admirablemente hechas; pero para justificar este singular apéndice, solía decir que desde que se había agujereado las orejas le habían cesado las migrañas (¡había tenido migrañas!) No presentamos al caballero como un hombre cabal; pero ¿no es necesario perdonar á los viejos célibes cuyo corazón envía tanta sangre á la cara, adorables ridiculeces fundadas acaso en sublimes secretos? Además, el caballero de Valois hacía olvidar sus pendientes con tantas otras gracias, que la sociedad tenía que considerarse suficientemente indemnizada. Entre otras cosas, el caballero tenía gran afán en ocultar los años y en agradar á sus conocidos. Es preciso señalar aquí en primer término el mucho cuidado que tenía de su ropa blanca, única distinción que pueden tener hoy en el traje las gentes distinguidas, y la del caballero era siempre de una finura y de una blancura aristocráticas. Respecto á su traje, aunque estuviese siempre sumamente limpio y sin arrugas, solía llevarlo muy usado. La conservación de sus ropas resultaba un prodigio para aquellos que observaban la gran indiferencia del caballero en este punto. El señor de Valois mostraba, por otra parte, gran empeño y cierta fatuidad personal, que no podía ser apreciada por las gentes de Alençon, en seguir las huellas de la gran elegancia inglesa. ¿No debe el mundo grandes consideraciones á aquellos que hacen tantos sacrificios por él? ¿No se ve en esto el cumplimiento del precepto más difícil del Evangelio, que ordena que devolvamos bien por mal? Aquella frescura en el tocado y aquellos minuciosos cuidados sentaban admirablemente á los ojos azules, á los dientes de marfil y á la rubia cabellera de nuestro hidalgo; únicamente que este Adonis retirado no tenía nada de varonil en su aspecto y parecía emplear el fardo de sus cuidados en ocultar las ruinas ocasionadas en su persona por el servicio militar de la galantería. Para decirlo todo, advertiremos que la voz estaba en desacuerdo con la delicadeza del caballero, y á menos que nos atengamos á la opinión de algunos observadores del corazón humano y que creamos que el caballero tenía la voz nasal, su órgano vocal os hubiera sorprendido por sus sonidos huecos y sonoros. Sin poseer el tono de los bajos colores, el timbre de aquella voz resultaba agradable por su

tono medio, semejante á los acentos del cuerno inglés, resistentes y gratos, fuertes y sonoros. El caballero había repudiado el ridículo traje que conservaran algunos hidalgos monárquicos, y se había modernizado francamente vistiendo siempre levita de color marrón, calzón de punto de seda con hebillas de oro, chaleco blanco sin bordados y corbata ceñida sin cuello de camisa, último vestigio de la antigua indumentaria francesa, al cual no había podido renunciar, tanto más cuanto que de este modo podía enseñar su hermosa garganta de presbítero. Sus zapatos llamaban la atención por sus hebillas cuadradas de oro, cuyo recuerdo ha perdido por completo la generación actual, y que brillaban sobre el charol. El caballero llevaba además dos cadenas de reloj que pendían paralelamente de cada uno de los bolsillos de su chaleco, otro vestigio éste de las modas del siglo XVIII, que fué desdenado por los Increíbles bajo el Directorio. Este traje de transición que unía entre sí á dos siglos, era llevado por el caballero con esa gracia de marqués cuyo secreto se ha perdido en el teatro francés desde el día en que desapareció Fleury, último discípulo de Molé. La vida privada de este solterón estaba abierta aparentemente á todas las miradas; pero en realidad era misteriosa. Nuestro hidalgo ocupaba un albergue modesto, por no decir otra cosa, situado en la calle del Cours, en el segundo piso de una casa perteneciente á la señora Lardot, la planchadora de más fama de la villa. Esta circunstancia explicaba la excesiva pulcritud de su ropa blanca. La desgracia quiso que un día el pueblo de Alençon pudiese creer que el caballero no se había conducido siempre como hidalgo y que se había casado secretamente con una cierta Cesarina, madre de un hijo que había tenido la impertinencia de presentarse sin haber sido llamado.

—Dió su mano á la que tanto tiempo le había prestado su plancha—dijo con este motivo un tal señor Bousquier.

Esta horrible calumnia amargó tanto más los últimos días del delicado hidalgo, cuanto que la escena actual lo presentará perdiendo una esperanza acariciada por él hacía ya mucho tiempo y por la cual había hecho no pocos sacrificios. La señora Lardot cedía al caballero de Valois dos cuartos del segundo piso de su casa por la módica suma de cien francos anuales, y el digno hidalgo, que comía fuera de casa todos los días, no volvía nunca á casa hasta la hora de acostarse. Su único gasto consistía, pues, en el almuerzo, que se

componía invariablemente de una jícara de chocolate con tostadas de manteca y frutas de la estación. No encendía fuego más que los días más rudos del invierno, y esto nada más que el tiempo necesario para levantarse y vestirse. Desde las once de la mañana á las cuatro de la tarde, el hidalgo se paseaba, iba á leer los periódicos y hacía algunas visitas. Desde que se había establecido en Alençon, el caballero de Valois había confesado noblemente su miseria, diciendo que su fortuna consistía en seiscientos francos de renta, único despojo que le quedaba de su antigua opulencia, despojo que le era enviado por su antiguo administrador. En efecto, un banquero de la villa le entregaba cada tres meses ciento cincuenta francos, enviados por un tal señor Bordin de París, último procurador del Chatelet. A causa del profundo secreto que exigió el caballero á la persona á quien confió sus cosas, estos detalles fueron sabidos por todo el mundo. Sin embargo, el señor de Valois recolectó los frutos de su infortunio teniendo siempre un cubierto en todas las casas más distinguidas de Alençon y siendo invitado á todas las veladas. Sus talentos de jugador, de narrador y de hombre amable y distinguido, fueron tan bien apreciados, que parecía que todo faltaba allí donde el conocedor de la villa hubiese faltado. Los dueños de las casas, y las damas sobre todo, sentían una verdadera necesidad de ver su gestito de aprobación. Cuando una joven oía que el anciano hidalgo le decía en un baile: «¡Está usted admirablemente vestida!» se consideraba más feliz con este elogio que con la desesperación de su rival. El señor de Valois era el único que podía pronunciar bien ciertas frases del tiempo antiguo. Las palabras *corazón mío, alhaja mta, tesoro mío, reina mta*, y todos los diminutivos amorosos del año 1770, adquirían una gracia irresistible en su boca, sin contar con que tenía también el privilegio de los superlativos. Sus cumplidos, de los cuales solía mostrarse avaro, le valían las simpatías de los viejos, pues el caballero alababa á todo el mundo, hasta á aquellos á quienes no necesitaba para nada. Su conducta en el juego era correctísima; no se quejaba nunca, alababa á sus adversarios cuando perdían y nunca pretendía dar lecciones á sus compañeros acerca de tal ó cual jugada. Cuando se entablaban esas nauseabundas disertaciones mientras se daban cartas, el caballero sacaba su tabaquera con un gesto digno de Molé, miraba á la princesa Goritzza, abría la tabaquera con

dignidad, la golpeaba ligeramente, tomaba un polvo y, cuando las cartas estaban dadas, él había embadurnado ya con tabaco los antros de su nariz y había vuelto á colocar á la princesa siempre en el bolsillo izquierdo de su chaleco. Sólo un hidalgo del gran siglo podía haber inventado esta transacción entre un silencio despreciativo y el epigrama que no hubiese sido comprendido. El de Valois no desdenaba nunca jugar con los más chambones y sabía sacar partido de ellos. Su envidiable buen humor hacia decir de él á muchas personas: «¡Admiro al caballero de Valois!» Procuraba no chocar nunca con nadie, y su conversación, sus modales, todo en él parecía ser rubio como su persona. Indulgente con los vicios de conformación, como con las faltas de ingenio, escuchaba pacientemente, con ayuda de la princesa Goritzza, á las gentes que le contaban los disgustillos de la vida de provincias: el huevo mal cocido del almuerzo, el café con leche cortada, los detalles grotescos acerca de la salud, las pesadillas, los sueños y las visitas. El caballero poseía una mirada lánguida y una actitud clásica para fingir la compasión, que le constituían en delicioso oyente; sabía pronunciar un *jahl!* un *¡bah!* ó un *¿Cómo se arregla usted?* con una oportunidad encantadora, y murió sin que nadie hubiera sospechado nunca que se ocupaba en recordar sus escenas con la princesa Goritzza mientras duraban aquellas avalanchas de neceidades. ¿Quién ha pensado nunca en los servicios que puede prestar á la sociedad un sentimiento extinguido, y en lo muy sociable que es el amor? Esto puede explicar el por qué el caballero era el niño mimado de la villa, sin embargo de sus constantes ganancias en el juego, pues el de Valois no dejaba nunca ningun salón sin llevarse por lo menos seis francos. Sus pérdidas, que tenía el buen cuidado de recordar con frecuencia, eran muy raras. Todos los que le han conocido confiesan que no han encontrado nunca momia tan linda en ninguna parte, ni aun en el museo de Turín; que en ningún país del mundo revistió el parasitismo tan graciosas formas y que nunca se mostró el egoísmo más concentrado, tan oficioso ni menos ofensivo que en aquel hidalgo. Si alguno iba á rogar al señor de Valois que le hiciese algún favor que á él le molestase, ese alguno no salía de su casa sin haberse enamorado de él y sin quedar sobre todo convencido de que el caballero, lejos de poder influir en su favor, le perjudicaría recomendándole.

Para explicar la problemática existencia del caballero, el historiador, rindiendo tributo á la verdad, debe decir que últimamente, después de las tristes y gloriosas jornadas de julio, el pueblo de Alençon ha sabido que la suma ganada al juego por el señor de Valois ascendía á la cantidad de ciento cincuenta escudos por trimestre y que el inteligente caballero había tenido el valor de enviarse á sí mismo las rentas, para no aparecer sin recursos en un país donde todo el mundo está por lo positivo. Muchos amigos suyos han rebatido *mordicus* esta circunstancia, sosteniendo que el caballero de Valois era un digno y respetable hidalgo á quien los liberales calumniaban. Afortunadamente para los jugadores astutos, siempre encuentran gentes que los apoyan. Avergonzado de tener que confesar una falta, estos admiradores la niegan intrépidamente; pero no les tachéis de testarudez; estos hombres obran así por dignidad, y los gobiernos les dan el ejemplo de esta virtud, que consiste en enterrar de noche á los muertos sin cantar el *Te Deum* de sus derrotas. Si el caballero se permitió este rasgo de astucia, el cual le hubiera valido la estimación del caballero de Gramont, una sonrisa del barón de Fœneste y un apretón de manos del marqués de Moncada, ¿dejaba de ser por eso el convidado amable, el hombre ocurrente, el jugador inalterable y el narrador sin par que constituía las delicias del pueblo de Alençon? Por otra parte, este hecho, que está dentro de las leyes del libre albedrío, ¿era acaso contrario á las costumbres elegantes de un hidalgo? Cuando tantas gentes se ven obligadas á servirse de las rentas de otro, ¿qué tenía de particular que él se constituyese una con el dinero de su mejor amigo? Pero cuando esta discusión se puso sobre el tapete, el caballero había muerto ya, después de haber reunido diez mil y pico de francos en quince años. A la entrada de los Borbones, un antiguo amigo suyo, el señor marqués de Pombretón, antiguo teniente de los mosqueteros negros, le había devuelto, según se decía, mil doscientos doblones que él le había entregado para emigrar. Este acontecimiento causó sensación y sirvió de argumento para rebatir las bromas inventadas por el *Constitucional* acerca de la manera que tenían de pagar las deudas algunos emigrados. Cuando alguien hablaba de este noble rasgo del marqués de Pombretón delante del caballero, este pobre hombre se ponía rojo del lado derecho como la grana. Por entonces todo el mundo

se regocijó de la suerte del caballero de Valois, el cual iba consultando á las gentes de dinero acerca de la manera como debía emplear aquellos restos de fortuna. Confiando en los destinos de la Restauración, lo colocó en papel del Estado en el momento en que las rentas valían cincuenta y seis francos y veinticinco céntimos. Además, los señores de Lenoncourt, Navarreins, Verneuil, de Fontaine y La Billardière, que eran conocidos suyos, según se decía, le lograron una pensión de cien escudos y la cruz de San Luis. Nunca se supo por qué medios había obtenido el caballero estas dos consagraciones solemnes de su título y de su calidad; pero es seguro que el privilegio de la cruz de San Luis le autorizaba para tomar el grado de coronel retirado, como premio á los servicios que había prestado en los ejércitos católicos del Oeste. Además de su ficción de renta vitalicia, de la cual nadie se ocupó ya en lo sucesivo, el caballero tuvo, pues, una renta auténtica de mil francos. No obstante esta mejora, él no cambió en nada su vida ni sus modales, y la cinta roja fué lo único que lució en el ojal de su levita, completando, por decirlo así, la fisonomía del hidalgo. Desde 1802, el caballero sellaba sus cartas con un sello antiguo de oro bastante mal grabado, pero donde los Casteran, los Esgrignon y los Troisville podían ver que llevaba *partido de Francia, gemelado con gules en barra, y gules con cinco macres de oro terminados en cruz. El escudo entero rematado en jefe de sable con cruz de plata. Por timbre, casco de caballero. Por divisa: VALEO.* Con estas nobles armas, el pretendido bastardo de Valois debía y podía subir á todas las carrozas reales del mundo.

Mucha gente ha envidiado la agradable existencia del solterón llena de partidas de boston, de chaquete, de whist, de comidas bien digeridas, de polvos de rapé tomados con gracia y de tranquilos paseos. Casi todo Alençon creía que aquella vida estaba exenta de ambición, pero ningún hombre hace vida tan sencilla como sus envidiosos le atribuyen. En las aldeas más olvidadas, podréis descubrir moluscos humanos y rotíferos muertos en apariencia que tienen la pasión de los lepidópteros y que hacen infinitos sacrificios por no se qué mariposas ó por la *concha Veneris*. El caballero no sólo tenía sus sueños de fortuna, sino que alimentaba un ambicioso deseo perseguido con una constancia digna de Sixto V: quería casarse con una solterona rica, con el indio

dable propósito de que le sirviera de peldaño para abordar las elevadas esferas de la corte. Aquí estaba el secreto de su atildado vestir y de su permanencia en Alençon.

A mediados de la primavera del año 1816, un miércoles muy de mañana, en el momento en que el caballero se disponía á vestirse, oyó, no obstante el algodón que llevaba en los oídos, el ligero paso de una joven que subía la escalera. Después no tardó mucho en oír que daban tres golpes en su puerta y que una hermosa mujer penetraba como una anguila en la habitación del solterón, sin esperar respuesta.

—¡Ah! ¿eres tú, Susana?—dijo el caballero de Valois sin interrumpir la operación comenzada por él, que consistía en pasar la navaja de afeitar por la correa de cuero.—¿Qué vienes á hacer aquí, alhajita mía?

—Vengo á decirle á usted una cosa que tal vez le ha de causar tanto placer como pena.

—¿Se trata acaso de Cesarina?

—Bastante me importa á mí por su Cesarina—dijo la joven con aire enfurruñado, grave é indiferente á la vez.

Esta encantadora Susana, cuya cómica aventura debía ejercer tan gran influencia en el destino de los principales personajes de esta historia, era una obrera de la señora Lardot. Pero antes de pasar adelante, hemos de decir dos palabras acerca de la topografía de la casa.

El patio servía para tender sobre unas cuerdas de esparto los pañuelos bordados, los cuellos, los canesús, las camisas, las corbatas, los encajes, las enaguas bordadas y toda la ropa blanca fina de las mejores casas de la villa. El caballero pretendía saber por el número de canesús de la mujer del administrador general la serie de sus intrigas, pues había allí camisas y corbatas que guardaban perfecta relación con sus canesús. Aunque podía adivinarlo todo por esta especie de contabilidad por partida doble de las citas de la villa, el caballero no cometió nunca ninguna indiscreción, ni dijo nada susceptible que pudiera cerrarle las puertas de una casa; así es que supongo que no titubearéis en considerar al señor de Valois como hombre cuyo talento es lástima que se haya perdido en tan estrecho círculo. No obstante, como era hombre astuto, se permitía á veces ciertas ojeadas incisivas que hacían temblar á las mujeres, á pesar de lo cual todas lo quisieron, reconociendo su profunda discreción y su indulgencia para ciertas debilidades. La primera obrera, el *facto-*

tum de la señora Lardot, solterona, horriblemente fea, de cuarenta y seis años de edad, vivía enfrente del caballero. Encima de ellos no había más que buhardillas donde se se-
caba la ropa en invierno. Cada habitación se componía, como la del caballero, de dos cuartos con sendas ventanas que daban la una á la calle y la otra al patio. Debajo del caballero vivía un anciano paralítico, abuelo de la señora Lardot y antiguo corsario, llamado Grevin, el cual había servido á las órdenes del almirante Simeuse en las Indias y estaba sordo como una tapia. Respecto á la señora Lardot, que ocupaba la otra habitación del primer piso, tenía tan grande debilidad por las gentes de condición, que podía pasar por ciega en lo que se refería al caballero. Para ella, el señor de Valois era un monarca absoluto que lo hacía todo bien, y si alguna de sus obreras hubiera tenido alguna debilidad con el caballero, la señora Lardot le hubiese disculpado diciendo: «¡Es tan amable!» De esta suerte, aunque aquella casa fuese de cristal, como todas las casas de provincias, para el señor de Valois resultaba discreta como una cueva de ladrones. Confidente nato de las intrigas del taller, el caballero no pasaba nunca por delante de la puerta, que permanecía casi siempre abierta, sin dar á sus gatitas alguna cosa, como chocolate, bombones, cintas, encajes, crucecitas de oro y todas esas chucherías que tanto encantan á las jóvenes. Así es que el buen caballero era adorado por aquellas muchachas. Las mujeres tienen un instinto que les permite adivinar á los hombres que las quieren por el solo hecho de llevar faldas, que se consideran felices estando á su lado y que no piensan nunca en pedirles el interés de su galantería. Desde este punto de vista, las mujeres tienen olfato de perro, el cual en medio de una compañía de soldados se dirige directamente á aquel que más sabe respetar á los animales. El pobre caballero de Valois conservaba de sus primeros tiempos la necesidad de aquella protección galante que distinguía antaño al gran señor. Fiel siempre al sistema de su casa, le gustaba enriquecer á las mujeres, únicos seres que saben recibir bien, toda vez que siempre pueden devolver. ¿No es extraordinario que nadie haya explicado aún las jóvenes del siglo XVIII en una época en que los escolares procuran descifrar al salir del colegio un símbolo ó una serie de mitos? En 1550, los caballeros se batían por las damas; en 1750, mostraban sus queridas en Longchamps; hoy hacen correr sus caballos; el

hidalgo ha procurado crearse en todas las épocas una manera de vivir exclusivamente suya. Los zapatos del siglo xiv eran los talones rojos del siglo xviii, y el lujo de las queridas era en 1750 una ostentación semejante á la de los sentimientos de la caballería errante. ¡Pero el caballero no podía ya arruinarse por una querida! y en lugar de bombones envueltos en billetes de banco, ofrecía galantemente algún saquito de sencillas golosinas. Mas digámoslo aquí para gloria de Alençon, que estas golosinas eran aceptadas con una satisfacción mayor que la Duthé sintió nunca al recibir algún soberbio regalo del conde de Artois. Todas aquellas oficiales habían comprendido la majestad decaída del caballero de Valois, y le guardaban un profundo secreto acerca de sus familiaridades interiores. Si en algunas casas de la villa les interrogaban acerca del caballero de Valois, ellas hablaban gravemente del hidalgo, lo envejecían y lo convertían en un respetable señor, cuya vida era propia de un santo; pero dentro de casa, se hubieran montado en sus hombros como si fueran loritos. Al caballero de Valois le gustaba saber los secretos que descubren las planchadoras en el seno de los hogares, y éstas iban todas las mañanas á contarle los chismes y cuentos de Alençon, por lo cual las llamaba él sus gacetas y sus folletines ambulantes, debiendo advertir aquí que nunca tuvo el señor de Sartines espías tan inteligentes ni tan baratos y que hubiesen conservado tanto honor desplegando al propio tiempo tanta picardía. Ya comprenderéis, pues, que durante el almuerzo el caballero se divertía como un bienaventurado.

Susana, una de sus favoritas más ocurrenente y ambiciosa, era de la madera de las Sofías Arnault y bella como la más bella cortesana que haya podido servir de modelo á Ticiano para pintar una Venus; pero su cara, aunque fina de la nariz arriba, pecaba de común en la parte baja. En una palabra, que poseía la belleza normanda fresca y brillante, la carne de Rubens participando de los músculos del hércules Farnesio, mas no la belleza de la Venus de Médicis, aquella graciosa mujer de Apolo.

—Bueno, hija mía, cuéntame tu aventura.

Lo que de París á Pekín hubiera hecho notable al caballero era la amable paternidad de sus modales con aquellas aprendizas, las cuales le recordaban á las ninfas de otro tiempo, á aquellas ilustres reinas de la Opera cuya celebr-

dad fué europea durante una tercera parte del siglo xviii. Es indudable que el hidalgo que vivió antaño con aquella nación femenina olvidada como todas las grandes cosas, adquirió una irresistible ingenuidad, un abandono desprovisto de egoísmo y todo el incógnito del Júpiter en Alemana, del rey que se ríe de todo, que da al traste con su superioridad y que quiere comerse su Olimpo en locuras, en comidas y en profusiones femeninas, lejos ante todo de Juno. Sin embargo de su bata de viejo damasco verde y no obstante la desnudez del cuarto en que recibía, ocupado por una mala alfombra y viejos y grasientos sofás, el caballero, afeitándose delante de un mal espejo, respiraba auras del siglo xviii... Todas las gracias libertinas de su juventud reaparecieron: creía poseer trescientos mil francos de renta y ser tan grande como Berthier dando órdenes á los batallones de un ejército que no existía ya, durante la derrota de Moscou.

—Señor caballero—dijo picarescamente Susana,—me parece que no tengo nada que contarle y que le bastará con mirarme.

Y esto diciendo, Susana se colocó de perfil. El caballero, que podéis creer que era sumamente largo, dirigió sin dejar de afeitarse una mirada oblicua á la muchacha y fingió comprender.

—Bien, bien, hermosa mía, en seguida hablaremos de eso. Pero me parece que te anticipas algo.

—Pero, señor caballero, ¿quiere usted que espere á que mi madre me mate y á que la señora Lardot me eche de su casa? Si no me voy inmediatamente á París, nunca podré casarme aquí, donde los hombres son tan ridículos.

—¡Ah! hija mía ¡qué quieres! la sociedad cambia, y las mujeres no son menos víctimas que la nobleza del espantoso desorden que se prepara. Después de los trastornos políticos vienen los trastornos en las costumbres. ¡Ay de mí! la mujer dejará muy pronto de existir (se quitó el algodón para limpiarse los oídos); perderá mucho lanzándose en brazos del sentimiento y no podrá gozar ya de aquel delicioso placer de nuestra época, deseado sin rubor, aceptado sin escrúpulos y en que sólo se empleaban los ataques de nervios como medio de conseguir sus fines (limpió los pendientes). En fin, el matrimonio, que era cosa tan alegre en mi tiempo, se convertirá en cosa sumamente aburrida (tomó las pinzas para arrancarse los pelos de la nariz y oídos). Retén bien

esto, hija mía. Los reinados de Luis XIV y Luis XV han sido la despedida y la desaparición de las costumbres más hermosas del mundo.

—Pero, señor caballero—dijo la joven,—se trata de las costumbres y del honor de su pequeña Susana, y espero que no la abandonará usted.

—¡No faltaba más!—exclamó el caballero al mismo tiempo que acababa su tocado.—Preferiría perder mi nombre.

—¡Ah!—dijo Susana.

—Escuche usted, hijita mía—dijo el caballero sentándose en una gran poltrona que se llamaba antes duquesa y que le había sido regalada por la señora Lardot.

Antes de empezar su peroración, el señor de Valois atrajo hacia sí á la magnífica Susana cogiéndole las piernas entre sus rodillas. La hermosa, que se mostraba tan altanera en la calle y que rechazaba la fortuna que le ofrecían algunos hombres de Alençon, no opuso resistencia y mostró entonces audazmente su pretendido pecado al caballero, el cual, como hubiese rondado muchos otros misterios en mujeres dotadas de mayor astucia, lo comprendió todo en una sola mirada. El señor de Valois sabía que ninguna muchacha toma á broma una deshonra positiva; pero no obstante esto, quiso tocarlo.

—Vaya, veo que nos calumniamos—dijo el caballero sonriéndose con inimitable astucia—y que somos juiciosos como la hermosa joven cuyo nombre llevamos; podemos casarnos sin temor, pero no queremos vegetar aquí y tenemos sed de París, donde las jóvenes encantadoras llegan á ser ricas cuando son inteligentes como tú lo eres. Queremos, pues, ir á ver si la capital de los placeres nos ha reservado jóvenes caballeros de Valois, una carroza, diamantes y un palco en la ópera. Los rusos, los ingleses y los austriacos llevan allí millones con los cuales nos podemos constituir una dote, gracias á la belleza con que nos dotó mamá. Además, que tenemos patriotismo y queremos ayudar á Francia á recuperar el dinero que se nos llevaron esos señores, ¿no es esto, diablillo mío? El mundo en que vives gritará tal vez un poco; pero el éxito lo justificará todo. Lo malo que hay aquí, hija mía, es que no tienes dinero y que yo padezco la misma enfermedad. Como tienes mucho talento, te has imaginado que podrías sacar partido de tu honor cogiendo á un solterón; pero este solterón, corazón mío, conoce el alfa y la omega de las astucias femeninas, lo cual quiere decir que

antes colocarías un grano de sal en la cola de un gorrión que hacerme creer á mí que yo tengo parte en eso. Vete, pues, á París, hija mía, pero vete á expensas de la vanidad de algún célibe, que yo no me opondré á ello, antes al contrario te ayudaré. Pero no me metas para nada en ese lío. Escucha, reina mía. Tú que comprendes tan bien la vida, verás que podrías causarme mucho daño y mucha pena: mucho daño, porque podrías impedir mi matrimonio en un país donde tanto se miran las costumbres, y mucha pena porque te encontrarías en un apuro, del cual ya sabes que no tengo ninguna culpa. ¡Ah! si yo me casase con la señorita Cormón y llegase á ser rico, ciertamente que te preferiría á ti á Cesarina, porque siempre me has parecido fina como el oro y nacida para constituir el amor de un gran señor. Te creo dotada de tanto ingenio, que no me sorprende esta jugareta que quieres hacerme, porque la esperaba, y ciertamente que para obrar de este modo se necesita tener mucho talento; así es que te quiero hoy más que nunca.

Y dicho esto le dió en la mejilla la confirmación; á la manera de los obispos.

—Pero, señor caballero, le juro á usted que se engaña y que...

Susana se ruborizó sin atreverse á continuar, y el caballero adivinó con una sola mirada todo su plan.

—Sí, ya te entiendo, quieres que te crea, ¿verdad? Pues bien, te creo. Pero sigue mi consejo, vete á casa del señor Bousquier. ¿No llevas la ropa á casa del señor Bousquier hace cinco meses? Pues bien, yo no te pido cuenta de lo que pasa entre vosotros, pero le conozco, tiene amor propio, es soltero y rico, pues posee dos mil quinientos francos de renta y no gasta más que ochocientos. Si eres tan inteligente como yo supongo, te aseguro que verás París á costa suya. Anda, corre, hijita mía, procura envolverlo en tus redes, y si él ha tenido algo contigo, como teme el escándalo, amenázale con dirigirte á los demás de Alençon. Además, es ambicioso y no querrá ver destruidos sus planes.

Susana, iluminada por las últimas palabras del caballero, ardía ya en deseos de correr á casa de Bousquier, mas para no salir demasiado bruscamente, interrogó al caballero acerca de París, al mismo tiempo que le ayudaba á vestirse. El caballero adivinó el efecto de sus instrucciones y favoreció la salida de Susana rogándole que le dijese á Cesarina que

le subiese el chocolate que la señora Lardot le hacía todas las mañanas. Susana salió para irse á casa de su víctima, cuya biografía es la siguiente.

Oriundo de una antigua familia de Alençon, de Bousquier ocupaba el término medio entre el burgués y el hidalgo de medio pelo. Su padre había ejercido el cargo de fiscal. Al verse sin recursos después de la muerte de su padre, Bousquier, como todas las gentes de provincias, había ido á buscar fortuna á París, y á principios de la Revolución había emprendido algunos negocios. A despecho de los republicanos, que se empeñan en alabar la probidad revolucionaria, los negocios de aquel tiempo no eran claros. Un espía político, un agiotista, un proveedor, un hombre que hacía confiscar los bienes de los emigrados de acuerdo con el síndico del ayuntamiento para comprarlos y volver á venderlos, un ministro y un general, eran todos igualmente negociantes. De 1793 á 1799, Bousquier fué proveedor de víveres de los ejércitos franceses, logrando tener así un magnífico palacio; fué uno de los primeros espadas de la hacienda, hizo negocios á medias con Ouvrard, tuvo casa abierta y llevó la vida escandalosa del tiempo, vida de Cincinato, con sacos de trigo recolectados sin pena, raciones robadas y casas llenas de queridas, donde se daban hermosas fiestas á los directores de la República. El ciudadano Bousquier fué uno de los amigos familiares de Barras, estuvo en muy buenas relaciones con Fouché y con Bernadotte, y creyó llegar á ser ministro metiéndose definitivamente en el partido que conspiró secretamente contra Bonaparte hasta Marengo. Si no hubiera sido por la carga de Kellermann y la muerte de Desaix, Bousquier hubiera llegado á ser un gran hombre de Estado, pues era uno de los empleados superiores del gobierno inédito que la suerte de Napoleón hizo entrar en los bolsines de 1793 (véase *Un asunto tenebroso*). La victoria de Marengo fué la derrota de este partido, que tenía proclamaciones impresas para volver al sistema de la Montagne en el caso de que el primer Cónsul hubiera sucumbido. En la convicción en que estaba de la imposibilidad del triunfo, Bousquier jugó la mayor parte de su fortuna á la baja y conservó dos correos en el campo de batalla. El primero partió en el momento en que Mélas estaba victorioso; pero cuatro horas después volvió el segundo anunciando la derrota de los austriacos. Bousquier maldijo á Kellermann

y á Desaix, y no se atrevió á maldecir al primer Cónsul, á quien debía millones. Esta alternativa de millones y de ruina privó al proveedor de todas sus facultades sumiéndole, durante algunos días, en una especie de imbecilidad, pues había abusado de la vida con tantos excesos, que aquel terrible golpe le cogió sin fuerzas para resistirlo. La liquidación de sus créditos con el Estado le permitía abrigar algunas esperanzas; pero, no obstante sus regalos corruptores, tropezó con el odio de Napoleón contra los proveedores que habían jugado á favor de su derrota. El señor Fermon dejó á Bousquier sin un céntimo, y la inmoralidad de la vida privada y las relaciones de este proveedor con Barras y Bernadotte, desagradaron al primer Cónsul más aún que sus jugadas de la Bolsa, y lo rayó de la lista de los recaudadores generales, cargo éste que había logrado en Alençon gracias á algún resto de sus antiguas relaciones. De su opulencia, Bousquier conservó mil doscientos francos de renta en papel del Estado, cuya compra había hecho por puro capricho y le salvó de la miseria. Ignorando el resultado de la liquidación, sus acreedores no le dejaron más que mil francos de renta, consolidados; pero fueron todos pagados con el importe de la venta del palacio de Beauséant, que poseía Bousquier; así es que el procurador, á pesar de la quiebra, logró conservar íntegro su nombre. Un hombre arruinado por el primer Cónsul y precedido de la colosal reputación que le habían dado sus relaciones con los jefes de los gobiernos pasados, su género de vida y su reinado pasajero, interesó á la villa de Alençon, donde reinaba secretamente el realismo. Bousquier, furioso contra Bonaparte, contó las miserias del primer Cónsul, los excesos de Josefina y las anécdotas secretas de diez años de revolución, y fué muy bien acogido. Por esta época, aunque Bousquier fuese cuadragenario, parecía hombre de treinta y seis años. De mediana estatura, gordo como un proveedor, de ojos negros y grandes y pobladas cejas, y de mirada astuta y penetrante como la del señor de Talleyrand, si bien un poco apagada, conservaba las patillas republicanas y se dejaba largos sus negros cabellos. Sus manos, provistas de ligero vello en cada falanje, daban prueba de una rica musculatura con sus salientes, gruesas y azuladas venas. Por otra parte, estaba dotado de la constitución del hércules Farnesio y tenía unos hombros capaces de sostener la renta. Hoy en día ya no se ve esta clase de espaldas

mas que en Tortoni. Pero, al igual que en el caballero de Valois, había en Bousquier síntomas que contrastaban con el aspecto general de su persona; así, el antiguo proveedor no estaba dotado de voz que armonizase con sus músculos, no porque su voz fuese atiplada, sino porque, aunque fuerte, parecía como apagada, y sólo se puede dar una idea de ella comparándola con el ruido que hace una sierra en una madera verde. En una palabra, que tenía la voz de un especulador derrengado.

Bousquier mantenía valerosamente el traje que estaba de moda durante la época demasiado rápida de su gloria: botas de campana vuelta, medias blancas de seda, calzón corto de paño color canela, chaleco á la Robespierre y levita azul. No obstante el mérito que le daba el odio del primer Cónsul á los ojos de las eminencias realistas de la provincia, el señor Bousquier no fué recibido por las siete ú ocho familias que componían el arrabal Saint-Germain de Alençon, adonde concurría el caballero de Valois. En un principio, había intentado casarse con la señorita Armanda, hermana de uno de los nobles más considerados de la villa, del cual contaba Bousquier sacar gran partido para sus proyectos ulteriores (pues contaba con una brillante revancha); pero recibió una negativa y se consoló con las indemnizaciones que le ofrecieron una docena de familias ricas que habían fabricado antes el género de punto de Alençon, que poseían prados y bueyes, que hacían al por mayor el comercio de telas y entre las cuales podía procurarle la casualidad un buen partido. En efecto, el solterón había concentrado sus esperanzas en la perspectiva de un buen matrimonio, que parecían prometerle sus diversas capacidades, pues no carecía de cierta habilidad financiera, de la que solían aprovecharse muchas personas. Semejante al jugador arruinado que dirige á los neófitos, Bousquier indicaba á sus amigos las especulaciones más provechosas y los medios y la conducta que debían emplear con ellas, tenía fama de ser buen administrador y se trató varias veces de nombrarle alcalde de Alençon; pero el recuerdo de sus agios en los gobiernos republicanos le perjudicó, y no logró nunca ser recibido en la prefectura. Todos los gobiernos que se sucedieron, hasta el de los Cien días, se negaron á nombrarle alcalde de Alençon, plaza que él ambicionaba y que, de haberla obtenido, le hubiera servido para concluir su matrimonio con una solterona en la que había acabado

por fijar sus miras. Su aversión al gobierno imperial le llevó en un principio al partido realista, donde permaneció, no obstante las injurias que recibía de él; pero cuando vió á la primera vuelta de los Borbones que seguían excluyéndole en la prefectura, sintió un odio tan profundo como secreto contra los Borbones, se hizo jefe del partido liberal de Alençon, director invisible en las elecciones, y causó un daño atroz á la Restauración con la habilidad de sus sordas maniobras y con la perfidia de sus manejos. Bousquier, como todos los que no pueden vivir más que con la cabeza, ocultaba sus rencorosos sentimientos con esa tranquilidad de un arroyo débil en apariencia, pero inagotable. Su odio era como el del negro, tan apacible y tan creciente, que engañaba al enemigo. Su venganza, incubada por espacio de quince años, no se vió harta con ninguna víctima, ni aun con el triunfo de las jornadas de 1830.

Si el caballero de Valois había enviado á Susana á casa de Bousquier, no lo había hecho sin intención. El liberal y el realista se habían adivinado mutuamente, no obstante el sabio disimulo con que ocultaban su común esperanza á toda la villa. Estos dos solterones eran rivales: ambos acariciaban el proyecto de casarse con aquella señorita Cormón que el señor de Valois acababa de nombrar á Susana. Encastillados ambos en su idea y demostrando indiferencia, ambos esperaban el momento en que la casualidad les entregase aquella solterona. Así es que aunque estos dos solterones no hubiesen estado separados por toda la distancia que ponían entre ellos los dos sistemas que representaban, su rivalidad los hubiese convertido en enemigos. Las épocas suelen comunicar su colorido á los hombres que las atraviesan. Estos dos personajes probaban la verdad de este axioma con la oposición de los tintes históricos que representaban sus fisonomías, sus discursos, sus ideas y sus trajes. El uno abrupto, enérgico, de modales bruscos y nerviosos, de palabra breve y ruda, negro de tono, de cabellera y de mirada, terrible en apariencia é impotente en realidad como una insurrección, representaba perfectamente á la República. El otro, amable y cortés, elegante, cuidadoso, fiel á la moda y consiguiendo siempre su objeto por los medios lentos, pero infalibles de la diplomacia, era una imagen de la antigua cortesanía. Estos dos enemigos se encontraban casi todas las noches en el mismo terreno. La guerra era cortés y benigna en el caba-

llero; pero Bousquier no observaba tan bien las formas, si bien guardaba las conveniencias exigidas por la sociedad, á fin de no perder terreno. Ellos solos se comprendían bien. A pesar de la astuta observación que los provincianos suelen emplear en el estudio de los intereses que les rodean, nadie sospechaba la rivalidad de estos dos hombres. El caballero de Valois estaba en mejor situación porque no había pedido nunca la mano de la señorita Cormón; mientras que Bousquier, que la había pretendido después de haber recibido un jaque en la casa más noble del país, había sido rechazado. Pero el caballero debía de suponerle aun grandes probabilidades de éxito á su rival cuando se decidió á darle un golpe mortal con una hoja tan magníficamente preparada y templada como lo era Susana. El caballero había lanzado la sonda en las aguas de Bousquier, y, como se va á ver, no se había engañado en ninguna de sus conjeturas.

Susana se encaminó con paso ligero, de la calle del Cours á la del Cygne, donde Bousquier había comprado hacía cinco años una casa construída con piedra del país. El antiguo procurador vivía allí más confortablemente que nadie de la villa, pues había conservado algunos muebles del tiempo de su esplendor. Hemos de advertir, sin embargo, que las costumbres de la provincia habían oscurecido los rayos del Sardanápalo caído, y los vestigios de su antiguo lujo hacían en su casa el mismo efecto que una araña en un hórreo. La armonía, lazo de toda obra humana ó divina, faltaba allí lo mismo en las cosas grandes que en las pequeñas. Sobre una hermosa cómoda se veía un jarro de agua semejante á los que se ven en las inmediaciones de Bretaña, y si en su cuarto había algún hermoso tapiz, las cortinas de las ventanas mostraban las rosas de un innoble algodón estampado. La chimenea de piedra mal pintada estaba en desacuerdo con un hermoso reloj deshonrado con la vecindad de dos miserables candelabros. La escalera, por donde todo el mundo subía sin limpiarse los pies, no tenía color determinado, y, finalmente, las puertas mal adornadas por un pintor del país impresionaban desagradablemente la mirada con sus chillones colores. Como el tiempo que representaba Bousquier, aquella casa presentaba un conjunto de suciedades y de cosas magníficas. Considerado como hombre acomodado, Bousquier hacía la vida parásita del caballero, pues siempre será rico quien no gasta sus rentas. Por todo

criado, tenía una especie de marica, muchacho del país bastante bobo, amoldado lentamente á las exigencias de Bousquier, el cual le había enseñado, como si fuese un orangután, á limpiar las habitaciones y los muebles, á lustrarle las botas, á cepillarle la ropa y á ir á buscarle todas las noches con la linterna, cuando la noche estaba oscura, y con sus madreñas cuando llovía. Como ciertos seres, este muchacho no tenía más vicio que la glotonería. Muchas veces, cuando se daban comidas de aparato, Bousquier le hacía quitarse su chaqueta de algodón azul á cuadros con bolsillos abultados siempre por el pañuelo, por alguna fruta ó por algún pedazo de pan, y, haciéndole ponerse un traje de ordenanza, lo llevaba para servir. Renato se atracaba entonces con los criados, y esta atención le valía á Bousquier la más absoluta fidelidad por parte de su criado bretón.

—¿Usted por aquí, señorita?—dijo Renato á Susana al verla entrar.—No le toca á usted venir hoy, y pierde el tiempo, porque no tenemos ropa que darle á la señora Lardot.

—¡Animalote!—dijo Susana riéndose.

La hermosa joven subió, dejando á Renato acabar una escudilla llena de leche con sopas. Bousquier, que estaba aún en la cama, maduraba sus planes de fortuna, toda vez que no podía menos de ser ambicioso, como todo hombre que ha exprimido demasiado la naranja del placer. La ambición y el juego son inagotables, y he aquí por qué en un hombre bien organizado las pasiones que provienen del cerebro han de sobrevivir siempre á las pasiones emanadas del corazón.

—¡Aquí estoy!—dijo Susana sentándose en la cama y descorriendo las cortinas con un movimiento de brusquedad despótica.

—*Quesaco*, encantadora mía?—dijo el solterón irguiéndose en la cama.

—Señor—dijo Susana,—le asombrará á usted verme venir de este modo; pero me encuentro en circunstancias que me obligan á no preocuparme del qué dirán.

—¿Qué es eso?—dijo Bousquier cruzándose de brazos.

—Pero ¿no comprende usted?—dijo Susana.—Ya sé—repuso haciendo una linda mueca—cuan ridículo es que una muchacha venga á molestar á un solterón por lo que ustedes consideran una insignificancia; pero si usted me conociese bien, señor, si usted supiese de lo que yo soy capaz por el

hombre que me mostrase tanto apego como el que yo le mostraría á él, nunca se arrepentiría usted de haberse casado conmigo. No es aquí, por ejemplo, donde yo podría serle muy útil; pero si nos fuésemos á París, vería usted á dónde soy yo capaz de conducir á un hombre de talento y de medios como usted, en un momento en que se rehace el gobierno de arriba abajo y en que los extranjeros son los amos. En fin, aquí para entre los dos, la cuestión de que se trata ¿es una desgracia ó una suerte que pagaría usted algún día? ¿Por quién se interesará usted? ¿Por quién trabajará usted?

—¡Yo, por mí!—exclamó brutalmente Bousquier.

—¡Ah! ¡monstruo, nunca será usted padre!—dijo Susana dando á su frase el acento de una maldición profética.

—Vamos, basta de tonterías, Susana—repuso Bousquier, —pues aun me parece que estoy soñando.

—¿Pues qué se necesita para llamarle á usted á la realidad?—exclamó Susana levantándose.

Bousquier frotó el gorro de algodón contra su cabeza, imprimiéndole un movimiento de rotación con una energía que indicaba una prodigiosa fermentación en sus ideas.

—¿Lo cree y le satisface?—dijo Susana para sus adentros.

—¡Dios mío, qué fácil es coger á estos hombres!

—Susana, ¿qué diablos quieres que haga? Es tan extraordinario... Pero ¿quién había de creer?... El hecho es que... pero, no, no, eso no puede...

—¡Cómo! ¿que no puede usted casarse conmigo?

—¡Oh! ¡eso es imposible! Yo tengo hechos ya mis compromisos.

—¿Con quién? ¿con la señorita Armanda ó con la señorita Cormón, que le han dado á usted calabazas? Escuche usted, señor Bousquier, mi honor no necesita gendarmes para arrastrarle á usted á la alcaldía; á mí no me han de faltar nunca maridos y, por lo tanto, no quiero á un hombre que no sabe apreciar lo que valgo. Algún día se arrepentirá usted acaso de la manera como se porta usted hoy, porque, sépalo usted bien, nada en el mundo, ni el oro, ni el dinero, le devolverá á usted su suerte si hoy se niega á tomarla.

—Pero, Susana, ¿estás segura de...?

—¡Ah! ¡caballero!—dijo la joven parapetándose en su virtud—¿por quién me toma usted? Yo no le recuerdo las palabras que me ha dado, palabras que perdieron á una

pobre joven cuyo único defecto es el tener tanta ambición como amor.

Bousquier estaba entregado á mil pensamientos contrarios, al gozo, á la desconfianza y al cálculo. Había resuelto hacia ya tiempo casarse con la señorita Cormón, toda vez que la Constitución le ofrecía la magnífica senda política de la diputación. Ahora bien, su matrimonio con la solterona había de darle tan gran reputación en la villa, que él esperaba adquirir allí una gran influencia; así es que la revelación que le hacía la maliciosa Susana le colocaba en un terrible apuro. A no haber sido por aquella secreta esperanza, Bousquier se habría casado con Susana sin reflexionarlo siquiera y se habría colocado á la cabeza del partido liberal de Alençon. Después de semejante matrimonio, renunciaba á la primera sociedad, para quedar incluido en la clase burguesa de los negociantes, de los fabricantes ricos y de los ganaderos, los cuales lo proclamarían con gusto su candidato. Bousquier preveía ya la extrema izquierda. Esta deliberación solemne no la ocultaba, al mismo tiempo que se pasaba la mano por la cabeza y daba mil vueltas al gorro que descubría la desastrosa desnudez de su cráneo. Como todas las personas que logran más que lo que esperan, Susana estaba asombrada, y para ocultar su asombro tomó la postura melancólica de una muchacha engañada ante su seductor, si bien se reía interiormente.

—Querida hija mía, yo no caigo en semejantes lazos.

Tal fué la frase breve que puso fin á la deliberación del antiguo proveedor. Bousquier se vanagloriaba de pertenecer á aquella escuela de filósofos cínicos que no quieren ser engañados por las mujeres y que las incluyen á todas en la clase de las sospechosas. Estos hombres listos, que son generalmente débiles, tienen un catecismo especial para lo que atañe á las mujeres, y para ellos todas, desde la reina de Francia hasta la modista, son esencialmente libertinas, solapadas, asesinas, bribonas, embusteras por naturaleza é incapaces de pensar más que en bagatelas. Para ellos, las mujeres son bayaderas malhechoras á quienes hay que dejar bailar, cantar y reír; no ven en ellas nada santo ni grande y no las consideran como la poesía de los sentidos, sino como la sensualidad grosera. Dentro de esta jurisprudencia, si la mujer no está constantemente tiranizada, reduce al hombre á la condición de esclavo. Desde este punto de vista, de Bous-